

La desaparecida Alameda grande

Fuerza es evocar ante las cosas que fueron. Comparto con mis queridos convecinos, amantes de su querido pueblo, un sentimiento profundo de pena, pensando en algo que desapareció...

Me refiero a la Alameda grande. ¿Quién no guarda en su corazón un recuerdo de aquella deliciosa arboleda, sitio ideal de nuestros juegos infantiles, días dichosos vividos sobre su verde césped?



Momento — histórico — momento — de ser derribado, a hachazos, el último arbusto de lo que fué la Alameda grande.

La Alameda grande fué para nosotros, algo más tarde, un lugar de estudio; por su quietud, por su acogedora tranquilidad era lugar ideal para que las lecciones cotidianas se nos grabasen mejor en nuestras mentes jóvenes.

También supimos, en nuestros años mozos, tiempos de noviazgos y bajo la frondosa arboleda agradecer su amable cobijo, discreto refugio de amores ingenuos, mientras un tibio sol otoñal se iba ocultando, lento, entre el trino incessante y armonioso de las mil avecilla que anidaban en su fronda...

En aquellos tiempos, ya bastante lejanos, la Alameda grande no era cobijo de malicia ni de maldad. Hoy, cuando ya mi cabeza contemplo salpicada de la nieve que trae los años; cuando mis manos, temblorosas, aprietan la cachaba que me ayuda a caminar en compañía de mis queridos nietecitos... pienso con nostalgia en aquellos tiempos felices en que la Alameda grande quedaba solita cuando la penumbra precursora de la noche se filtraba por el tupido ra-

maje de sus añosos y frondosos árboles... Entonces abandonábamos nuestro banco. Era la hora de la oración; nuestra casa, nuestros padres, el respeto que les debíamos, las buenas costumbres que nos habían inculcado, todo ello nos llamaba. Y a partir de aquel momento, la Alameda grande dormitaba, tranquila, poblada de candorosos pajarillos, únicos moradores en su frondosidad que en la era crepuscular quedaban

dueños de su verde ramaje, como testigos mudos y guardadores fieles de los amoríos dulces e ingenuos de varias generaciones renterianas...

Después... mejor no fuera tener memoria: ni césped ni alumbrado. Fué escenario de ferias de ganado; de verbenas con organillos y música exótica y endemoniada de "jazz"... Un día se la mutiló y... finalmente, las riadas se encargaron de rezar el postrero responso a lo que fué nuestra queridísima Alameda grande. Presente estuve cuando fueron abatidos sus árboles centenarios. Y me embargó una pena hondísima; como cuando una cosa muy querida se pierde para siempre...

Hoy, desde esta ventana, atalaya de mi querida villa, contemplo con resignación cuanto existe donde se encontraba nuestra Alameda grande.

Hombres, máquinas y herramientas construyen el muro de contención de las aguas del Oyarzun, río en cuyos reflejos tantos años se contempló nuestra amada Alameda, en cuyo homenaje póstumo —desaparecida pero no olvidada— trazamos estas líneas que nos salen del alma.—ERIKOSEME.



Este era el aspecto que presentaba la Alameda grande en los días en que iniciábase la tala de sus hermosos árboles